

Madero, diez días

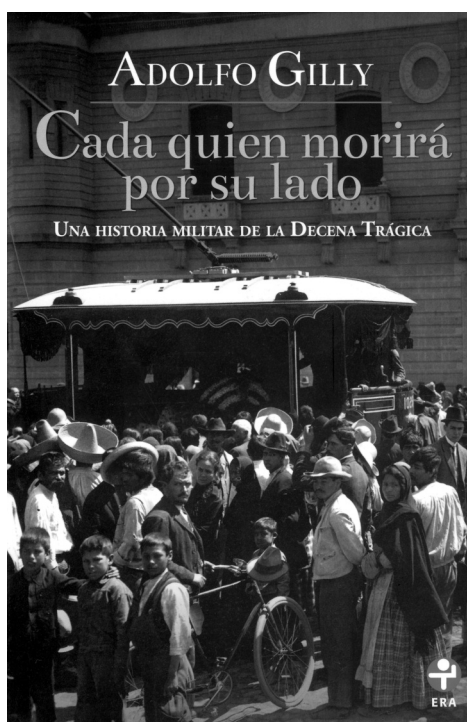
Edgar Esquivel

Adolfo Gilly, el historiador, teje con tesón y agudeza en *Cada quien morirá por su lado* los hechos y los días de un suceso destinado a resolverse entre personajes pertenecientes a un mismo gremio y profesión, momento álgido que definió el siglo XX mexicano no exento de esa ironía que da cuenta de lo épico: “De los tres prisioneros de la intendencia de Palacio Nacional uno salvó la vida: Felipe Ángeles, el militar”.

Los civiles Madero y Pino Suárez fueron el festín de aquel febrero trágico de 1913 cuando a un amplio sector militar, y otros intereses no menos cuestionables, les faltaron arreos para entender y acatar lo que implicaba el cambio de época y de régimen, por lo que disfrazaron de necesidad y oportunidad para la patria su ambición, sin que ello dejara de ser tampoco un pírrico ajuste de cuentas con quienes eran ajenos a la milicia y suponían debilidad y carencia de méritos para ostentar el poder.

“Huerta fue el único que supo lo que quería”. Como si esto no bastara, nadie más tenía el panorama completo o dictaba las formas en esa circunstancia: “no, no hay que precipitarse, para hacer a pendejos siempre hay tiempo”, decía Victoriano, convencido de que su turno para trascender llegaría pese a que el inicio de la conspiración que acabó con el maderismo (el cuartelazo del 9 de febrero) se realizó en medio del desorden y la falta de preparación: la muerte del general Bernardo Reyes, quien al salir de prisión se veía como el amo de la rebelión, no pudo ser más absurda: su prisa por acabar le conjuró la vida.

Madero, el novel político, nunca entendió la dinámica ni los códigos de los militares forjados a la sombra del porfiriato, menos aún supo imponer condiciones o nuevas reglas de juego. Los demasiados frentes (la



guerra del sur, la del norte, la de papel, “su persistencia en inciertos juegos de equilibrio”, la presión diplomática, pero sobre todo un ejército fracturado y sin control efectivo por parte del Ejecutivo) minaron apoyos y credibilidad. La conclusión de Gilly no podía ser más directa:

el acontecimiento que acabó con su gobierno y con su vida misma no fue una movilización popular, una elección o una votación en el Congreso. Fue una rebelión de los altos mandos del ejército, el Ejército Federal, encabezada finalmente por el militar en quien el presidente había depositado su confianza... Fue además y ante todo una historia entre militares.

Otto von Bismarck pudo ser el político que fue debido a un ejercicio doble de disciplina y voluntad: el control de sus ner-

vios. Esto me lo compartió la maestra Gloria Abella hace mucho tiempo. Y siempre he pensado que, pese a su simpleza, ese referente entraña una lección esencial: si el poder quieres comprender y ejercer, de entrañas hay que saber.

No es casual —escribe Peter Sloterdijk— que el *dictum* emblemático del célebre político alemán, *la política es el arte de lo posible* (un lugar común que ha alcanzado niveles de cursilería grotescos), sea una premisa que distinga lo políticamente factible y lo imposible, acicate para escépticos, certeza versus exceso: la política como “vértice de una pirámide de la racionalidad que establece una relación jerárquica entre razón de Estado y razón privada”, donde incluso los asuntos de honor reiteran que toda discusión política es un asunto moral que abre juego a la causticidad. Y si “el concepto de humanidad esconde la litigante paradoja de que nos corresponde estar junto a aquellos a los que no pertenecemos”, destino será también, a decir de Felipe Ángeles, que si “todo fracasa, muramos cada quien por nuestro lado”.

Dieciséis meses después de la tragedia de Madero y sus proyectos, un 23 de junio de 1914, la toma de Zacatecas clausuraría la historia de aquel ejército federal que fustigó a punta de intrigas y traición una purga de clanes y oficios, es decir, de mundos y lealtades.

“Cada quien entre ellos era el que era y tenía historia propia”, rezaba un principio de Bernardo Reyes: Francisco Villa y Felipe Ángeles, sobrevivientes a la Decena Trágica pero no por ánimos de Huerta, serían los ejecutores de esa derrota definitiva del usurpador. Épica ironía, sin duda. **U**